

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO 10 – Un velatorio con final feliz

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



III – Los Bajos Fondos del Cairo

10 – Un velatorio con final feliz

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

10 – Un velatorio con final feliz

Y el narrador prosiguió de esta manera su relato:



Y pasada la noche, cuando Baibars se estaba dirigiendo hacia el cuerpo del edificio exterior, escuchó de pronto un fuerte clamor de llantos y lamentos; empujándose hasta la mirilla de la gran puerta, vio a los religiosos ciegos que lloraban, mientras Otmân les molía a golpes con el garrote, gritando:

- ¡Venga, pandilla sinvergüenzas! ¡A llorar, hijos de puta!

- ¡Bora Otmân! –grito Baibars al ver ese espectáculo.

- ¡Anda, mira tú éste ahora con las que viene! ¿Tavía estás vivo, soldao? ¿No t’han matao ahí adentro? ¿Les has sacudío con tu albondiguilla? ¡Por el Profeta, que no hay naide más bruto que tú en toa la tierra!

- Pero vamos a ver, Otmân, ¿es que no has acabado de martirizar a toda esta gente? ¿Por qué les estás golpeando?

- ¡Vaya con el soldao! ¿No querrás que sólo yo te ande llorando? ¿no? Los he traido pa que lloren conmigo. Me creí que los malos espíritus t’habían dao ahí adentro una patá en el culo... pero ya veo que to da igual, ¡tú eres aún peor que tos ellos juntos! Seguro que los has baldao con tu albondiguilla. ¡Por el Profeta, pero qué bruto qu’eres!

Baibars se ríó para sus adentros, distribuyó unas cuantas monedas de plata a los ciegos y les consoló con buenas palabras. Hecho lo cual, los ciegos se marcharon colmándole de bendiciones.

- Vamos, Otmân, entra en el palacio –dijo Baibars inmediatamente.

- ¡Vale soldao! ¡Así, si salen los malos espíritus; tú les espantas y yo m’ocupo de vaciarles los bolsillos!

Otmân entró en el palacio y se puso a husmear por todas partes.

- ¡Bravo, soldao! Entonces, así, sin más, ¿ésta es nuestra nueva casa?

- Pues sí, Otmân.

- Soldao, di *amén*.

- *Amén* –dijo Baïbars.

- ¡Que Dios se apiade de quien nos la construyó hace quinientos años!

Y así, hicieron el recorrido del propietario; los dos juntos. Tras haber visitado el cuerpo exterior del edificio, y el central, penetraron en el inmueble interior.

- ¡La leche! –exclamó Otmân-. ¡Ahora mismo nos hemos convertío en peces gordos! ¡Ya verás; el cadí, cipote empellejao, se va a poner amarillo d’envidia!

- Pero, dime, ¿qué historia es esa del cipote empellejao? –le preguntó Baïbars, intrigado.

- ¿Bien que te gustaría saberlo, eh? Pos yo lo sé, y el patrón Sâleh también lo sabe; pero tú, tú no eres más que un zopenco, no sabes na de na; sólo conoces que a tu albondiguilla, ¡que la peste se la lleve, a tí y al que la hizo!

Otmân hablaba así, mediante enigmas y alusiones veladas, ya que era de aquellos que perciben la realidad oculta bajo las apariencias. Pero el emir Baïbars no comprendía nada. De hecho, Otmân tenía buenas razones para decir que el cadí iba a ponerse amarillo de envidia: el día en que Baïbars había ido al Consejo y el rey le había ordenado comprarse un palacio; el cadí volvió a su casa e hizo venir al corredor de fincas, especialista en ese género de transacciones.

- Mira a ver en qué mezquita hará la oración del viernes Baïbars–le había dicho-. Cuando salga, te pones a la puerta y describes el serrallo de Bâdîs; tu pregón le aguzará el deseo de comprarlo; se irá a pasar la noche en su interior, y a la mañana siguiente se le hallará estrangulado; de ese modo nos desharemos de él.

- A tus órdenes, mi señor –respondió el corredor-. ¿Dónde están las llaves?

- En casa de la biznieta de la tataranieta de Bâdîs El-Subki.

El corredor se informó sobre la dirección de la propietaria; ésta era una buena mujer que vivía en la pobreza.

- Dame las llaves del palacio –le dijo-. Sé de alguien que te lo podría comprar.

- Tómalas, señor –respondió ella.

Y le entregó también un rollo de papeles con la descripción detallada del lugar. El corredor cogió todo y se fue. Luego, después de seguir a Baïbars hasta la mezquita en la que

había rezado, esperó a que saliera y allí se puso a pregonar la descripción del palacio; Baibars había cogido las llaves y sucedió lo que ahora todos sabemos.

En cuanto al corredor, esperó hasta la noche para asegurarse de que Baibars entraba al palacio. Cuando lo vio pasar y quedarse, y que Otmân se había ido a reunir a los religiosos ciegos, se fue corriendo en busca del cadí.

- Ya está, mi señor –le dijo, nada más llegar-. ¡Baibars está dentro del palacio y Otmân se ha ido a buscar a los ciegos para llorarle!

El cadí le dio dos monedas de oro como recompensa; estaba tan contento que no pudo pegar el ojo en toda la noche. A la mañana siguiente, se levantó al alba, tomó su café, y se fue al Consejo, montado en su mula. Ya hablaremos más delante de lo que aconteció...

FIN



Próximo episodio...

II - El tesoro de

Bâdis

